

HISTORIAS DE CICONIA

Francisco Rodríguez Criado

A familiares, amigos y conocidos que me dieron su apoyo cuando más lo necesitaba

Cícōña, æ; [form. por imit. del sonido que produce con el pico]. Ov. La cigüeña; Col. Máquina para sacar agua y para medir la profundidad de los sulcos [sic] en el campo, o para hacerlos iguales; Pers. Burla que se hace a uno por detrás poniendo los dedos retorcidos sobre el índice, a manera de pico de cigüeña.

[DE MIGUEL, RAIMUNDO; *Nuevo Diccionario Latino-Español Etimológico*; Saenz de Jubera, Hermanos Editores; Madrid, 1.926; 18ª edición].

Las grandes manifestaciones de la vida social tienen en común con la obra de arte el hecho de nacer al nivel de la vida inconsciente; porque si bien en el primer caso son colectivas y en el segundo individuales, la diferencia es secundaria, y hasta aparente, pues las unas son producidas por el público y las otras para el público, y ese público proporciona a ambas su común denominador y determina las condiciones de su creación. Por lo tanto, y no solo metafóricamente, tenemos el derecho a comparar, como tan a menudo se ha hecho, una ciudad con una sinfonía o con un poema: son objetos de la misma naturaleza.

Claude Levi-Strauss

Describo a las personas solo en los términos de sus acciones, afirmaciones, ideas, sentimientos que me hayan escandalizado/ intrigado/ divertido / deleitado a mí mismo o a otros.

Stephen Vizinczey

Las historias no solo se desprenden del narrador, también lo forman: narrar es resistir.

João Guimarães Rosa

Tú no eres tus personajes, pero tus personajes sí son tú.

Raymond Carver

DOMINGO

La vida se vive o se escribe.

Luigi Pirandello

–Pensándolo bien, creo que me voy a llevar esta.

–¿Seguro?

–Es que... No sé... ¿Tú cuál crees que es mejor?

Candela, que está de mal humor porque hoy es domingo y no le gusta trabajar mientras los demás están de paseo, acaba por alterarse.

–¿Cuál es mejor, cuál es mejor? –remeda–. ¿Tú crees que yo tengo tiempo para leer revistas?

–Yo...

–¡Decídate de una vez, caray, que últimamente estás como alelada!

Concha, tras unos segundos de conmoción, se echa a llorar. Concha tiene sesenta y cuatro años pero gimotea como si tuviera seis. Candela tiene su misma edad, pero nadie la ha visto llorar nunca, y eso le concede cierto grado de autoridad sobre los demás, en especial sobre Concha, que anda por la vida con pies de barro.

En un principio Candela observa el gimoteo de su amiga con acritud, pero enseguida se le reblandece el corazón. Sabe que no le interesan las revistas y que va al quiosco más que nada para hablar con ella un rato. Es su forma de combatir el aburrimiento. El aburrimiento y sus eternos aliados: los fantasmas.

–Mujer, que no es para tanto. Si es que llevas una hora hojeando las revistas...

–Sí, si tienes razón –concede Concha, abatida–. Es que últimamente todo se me hace un mundo –dice a duras penas, embargada por las lágrimas.

–¡Ay Señor, esto me pasa por ser tan bruta! –suspira Candela–. Ven y pasa, mujer, que charlando se quitan las penas.

–Que no, Candela, que me llevo esta misma –dice, temblorosa, arrugando la revista que ha cogido al azar, *Mundo canino*, que dedica este mes un monográfico al fox terrier.

Candela empieza a ponerse nerviosa. Bajo su famosa hosquedad se esconde un gran corazón. Un corazón que ella se encarga de guardar bajo siete llaves, no sea que en un descuido alguien lo descubra y la acuse de buena persona.

De repente, alza la voz:

–¡Ven aquí, Manuel, que tengo que salir!

Manuel, su nieto, tiene quince años. Sentado en un banco de piedra que da a las traseras del quiosco, se entretiene mariposeando con una chica de su edad. Como bien dice su abuela, “está en la edad del pavo”. En menos de dos años ha pasado de la bicicleta al acné, y del acné al enamoramiento. En fin, como cualquier chico de su edad. Pero a Manuel, que es pelirrojo y larguirucho y está aprendiendo a fumar a ritmos forzados –ya casi sabe tragarse el humo–, se le nota más.

Justo después de esa vehemente llamada dirigida al nieto, Candela arropa a su amiga con una propuesta. Aunque más que una propuesta parece una orden.

–Tú y yo nos vamos a tomar un buen desayuno –dice con dulzura–. Y después un licorcito o lo que sea. Verás qué pronto se te pasa el disgusto. ¡Manueeeeeel! ¡¿Es que estás sordo?!

Manuel, claro, no está sordo: está a lo suyo. Es decir: escucha solo lo que le interesa.

El chico, conocedor del carácter enérgico de su abuela, se levanta –eso sí, con desgana: tiene una imagen que mantener– y se acerca al quiosco. Siguiendo los dictados de la moda viste pantalones vaqueros anchos, que lleva ceñidos varios centímetros debajo de la cintura para así poder exhibir unos flamantes calzoncillos de algodón rojo. Lleva un pendiente en el lóbulo de la oreja derecha y un *piercing* –o “perforación corporal”, que diría un purista del lenguaje castellano– en el ombligo, que en estos momentos queda fuera del ángulo de visión del lector. Cuando tenga dieciocho años se va a tatuar una serpiente en un brazo. A los dieciocho, no antes: su madre ya le ha amenazado con echarle de casa si aparece un día con “esa culebra” en el brazo. Cuando sea mayor de edad que haga lo que quiera, sentencia su madre, y Manuel, impotente, echa cuentas esperando que llegue ese día.

La chica que está con él, María, observa los movimientos de Manuel con hastío artificial. Tiene catorce años y es más alta de lo normal. Normalmente habla poco y

muy bajito. Hoy lleva su larga cabellera rubia recogida en una coleta y viste pantalones vaqueros con remiendos en la rodilla, una camiseta negra de los Simpson y sandalias atadas a los tobillos. María saca de su bolso un reproductor MP3, ese amigo inseparable que le ayuda a sobrellevar los ratos muertos, y mientras se coloca los auriculares dedica una mirada al quiosco. No le importaría presenciar una escena digna de recordar entre Manuel y su abuela. Pero mucho nos tememos que la acción que aquí se está desarrollando no tiene nada de especial.

Concha, la tercera en discordia, está de espaldas a Manuel, secándose las lágrimas con un pañuelo.

–Di.

–Que pases dentro –dice Candela, autoritaria–. Tengo que salir.

–¿¡Ahora!?! –pregunta Manuel con fastidio.

–¡Sí, ahora! ¿Pasa algo?

El joven se encoge de hombros y calla. Anda en esa etapa en que guarda los discursos para los “colegas”, que es como llama a sus amigos. Con los mayores se expresa con pocas palabras, porque no es cuestión de perder el tiempo con quien no lo merece.

–No. Solo que si lo sé no vengo a verte –dice por fin, mirando al suelo–. Para un día que tengo libre...

–¡No digas que has venido para verme, sinvergüenza! Que ni un beso me has dado.

–Es que estabas despachando a los clientes.

–¡Anda, entra y calla!

Manuel se rinde y obedece.

Una vez fuera del quiosco, Candela, que ya respira feliz, se lleva a Concha a dar un paseo. La mañana, soleada, invita a ello.

Los domingos deprimen a Concha tanto como cualquier otro día de la semana. Su hijo Luis, que es militar, está de servicio en “un país muy lejano que anda en guerras” y hace veinte días que no sabe nada de él. Un cáncer de pulmón se llevó a su marido hace diez años. Como pasa mucho tiempo sola, “siente que la casa se le viene encima”. Concha siempre está preocupada por su hijo, unas veces más, otras veces menos, pero ese hijo la tiene “con el corazón en un puño”. Ella quiso que fuera contable, técnico informático o perito agrónomo, que son trabajos de bajo riesgo –

aunque lo de perito agrónomo no sepa muy bien qué es—, pero el chaval —que ya no es un chaval: tiene treinta y cinco años— prefirió ser como su padre: militar.

—Un mes, Concha.

—Ayer eran diecinueve días.

—Pues veinte días, entonces. Lo mismo me da.

—Luego resultará lo de siempre: que no ha tenido tiempo para escribirte o que se ha retrasado el correo.

—Dios te oiga.

—Que sí, mujer.

—Ojalá.

—Que ya no es un niño, Concha.

—¡Ay! No me lo recuerdes.

—Venga, deja de llorar. Vamos al Adarve a tomarnos unas torrijas y lo que sea.

El Adarve es una cafetería-restaurante muy frecuentada por los ciconianos, y “lo que sea” es el eufemismo colectivo que emplea Candela para denominar un vino de Rioja, un licor o un whisky. Candela, en fin, es una mujer a la que le gusta beber. (Como narrador era mi obligación decirlo. Pero, por deferencia hacia su persona y porque uno es un caballero, no podrá leerse en estas páginas ni una sola palabra más sobre ese delicado aspecto).

Las dos mujeres van dejándose caer Gran Vía abajo en dirección a la Plaza Mayor al paso de dos hormiguitas.

Concha ha dejado de llorar y ahora siente vergüenza por mostrar sus debilidades en público.

—Eres muy buena.

—Tonterías. Así me escapó un rato del quiosco.

—Yo por quien lo siento es por tu nieto.

—¡Ah, por él no te preocupes! No le gusta estudiar, así que se vaya acostumbrando por si tiene que heredar el quiosco. Es un malaje de mucho cuidado.

—Si yo lo decía por esa chica. Parece que a él le gusta.

—Eso parece, sí. Lo que todavía no tengo claro es si le gusta esa chica en concreto o le gustan todas.

—Qué cosas dices.

La cafetería del Hotel Don Pelayo, en la calle Alzapiernas, cierra cada domingo a las cinco de la tarde. Como está en una zona tranquila cortada al tráfico –y tan solitaria estas horas, se diría que también cortada al transeúnte–, Eliseo, el jefe, aprovecha la ocasión para darles medio día libre a sus empleados, a lo que hay que sumar otro día entero que estos pueden elegir de lunes a jueves. Su hermano Javier es el dueño del hotel, así que todo queda en casa. Se dice que ambos comparten acciones en los dos negocios. De ser así, es lo único que comparten estos dos hermanos: acciones. (Entre paréntesis lo diré: se llevan fatal).

Fernando ya tiene todo preparado para que los camareros del turno de mañana no encuentren el menor obstáculo a la hora de abrir las puertas. Ha llenado las cámaras frigoríficas con refrescos y cervezas y, después de limpiar la cafetera, ha barrido y fregado el local. No ha tardado demasiado porque la cafetería, aunque elegante, es de dimensiones reducidas: tan solo una pequeña barra y seis mesas colocadas junto a un ventanal. El baño se encuentra aparte, en el hotel, al fondo del vestíbulo.

Ahora que todo está en orden, impecable, respira tranquilo mientras repasa las botellas de vino con el plumero. Las limpia no porque estén polvorientas, sino porque no se le ocurre nada mejor que hacer para matar el tiempo. Si fuera un espíritu puro, “un hombre decente” como diría su difunta abuela, se hubiera ido ya a casa, pero resulta que no lo es. Sucede que está esperando que aparezca Lucía, la nueva empleada del hotel. Y si el lector sigue leyendo comprenderá por qué espera su llegada con tanta inquietud.

Lucía es muy guapa y es del Norte, dicen que de Bilbao o de Santander – depende del cronista–, y solo lleva cinco días trabajando como camarera de habitaciones en el Hotel Don Pelayo. De todas las empleadas que han pasado por el hotel solo se recuerda una tan guapa como ella, pero de eso hace ya muchos años. Fernando y ella han intercambiado algunas palabras estos días y él quiere invitarla al cine hoy. Como en el fondo no tiene un buen concepto de sí mismo, prefiere lanzarse al ruedo ahora que ella apenas le conoce. Sabe que es precipitado, pero si espera una semana más seguramente no tendrá la menor posibilidad de conquistarla: demasiados buitres disfrazados de hombres rondan al acecho. Pero estas ideas no proceden de Fernando exactamente; proceden más bien de su inconsciente. Él cree que actúa con urgencia no por inseguridad sino porque es un avisado donjuán o un hombre de acción. (O sea que Fernando es algo tonto y no lo sabe).

En cuanto ve a Lucía descender por las escaleras del hotel –que está conectado a la cafetería por una puerta interior– se hace el encontradizo.

–¿Ya te vas, Lucía?

–Sí, ya es hora. Llevo aquí desde las ocho de la mañana.

Deja furtivamente el plumero sobre una mesa –se acaba de dar cuenta de que un plumero, bien mirado, casa mal con la imagen viril que pretende ofrecer al mundo y a Lucía, y no por ese orden– y se apresura a cerrar con llave la puerta de la cafetería.

–¿Subes hacia arriba?

Para los ciconianos “arriba” es la parte alta de la ciudad, la más moderna, que empieza, si uno viene desde “abajo”, a partir de la Plaza Mayor, pegada al casco antiguo.

–Sí, tengo que tomar un autobús en Galarza –responde Lucía al tiempo que se pregunta, maliciosa, cómo podría alguien subir hacia abajo. (Si estuviera aquí el Toledano nos daría una jugosa charla sobre los pleonasmos. Pero no anticipemos acontecimientos).

–Espera, que te llevo en mi coche.

–Déjalo, no te molestes.

–Si no es ninguna molestia.

–Como quieras.

Lucía tiene veinte años. O quizá veintiuno. Y ya se ha dicho antes: es guapa como no se recuerda en mucho tiempo. Y, además, buena trabajadora. Por las mañanas desempeña una jornada laboral de siete horas en el hotel, y por las tardes asiste a un curso de informática. A Lucía le gustaría estudiar Derecho, que es –o era– una carrera con futuro, pero por ahora no tiene más remedio que trabajar. Su padre falleció hace un año y su madre decidió que la familia cambiara de aires, dejar el Norte –Bilbao o Santander, a saber– y mudarse a Ciconia, donde vive la tía Sandra, que es enfermera. Lucía es una muchacha de miras; se esfuerza por labrarse un futuro y dejar atrás trabajos como el que tiene ahora: agotador y mal remunerado. Fernando tiene cinco años más que ella y está casado. Su mujer espera un bebé para dentro de tres meses. Solo lleva casado un año y medio, pero ya anda desesperado buscando una falda extramatrimonial a la que aferrarse. Lucía, que no tiene un pelo de tonta, sabe cuáles son sus intenciones, pero no le importa: no está interesada en él. Aunque, eso sí, reconoce que es atractivo. Atractivo en el primer nivel: de fachada. A Lucía nunca le gustaron los tipos tan lanzados y aparentemente tan seguros de sí mismos, pero

Fernando le entretiene. Le entretiene cinco minutos, como si fuera una de esas revistas del corazón estratégicamente expuestas en las mesitas de las peluquerías. Cinco minutos, ni uno más.

En fin. No ha tenido tiempo para buscarse amistades más afines a su personalidad y por ahora ha de conformarse con las que le depara el destino, que, es bien sabido, suele repartir cartas sin fijarse en los perfiles de los jugadores.

–Me dijiste ayer que aún no has ido al cine desde que viniste del Norte. Estoy pensando que...

Lucía sonríe por fuera y bosteza por dentro.

Libreros, próxima al casco antiguo, es una calle céntrica y peatonal que desemboca en la Plaza de San Juan. Su iglesia gótica de igual nombre que la plaza, cuya construcción se inició en el siglo XIII, está hoy coronada por varios nidos de cigüeñas. (El lector que no tenga prisa puede quedarse rezagado, si le apetece, a observar detenidamente el escudo de la Capilla de los Espaderos, visible en la fachada de la iglesia, y luego pasar al interior para recrearse en su bóveda ojival de crucería, e incluso sentarse a escuchar misa, que hoy oficia el padre Nicasio. Los demás, para no perder el hilo de la narración, saltaremos al siguiente párrafo).

Vistosa por sus balcones de forja y piedra, la calle es conocida por sus tiendas de productos regionales, cafeterías, restaurantes y otros pequeños comercios que compiten a duras penas con los modernos centros comerciales ubicados en una zona que hasta hace pocos años era considerada periférica.

Paradójicamente, no hay en toda la calle una sola librería; nunca la hubo. Lo que sí hay es un librero, que vive en el número 24, en la segunda planta de un viejo pero señorial edificio situado entre dos de estos restaurantes. Ese librero se llama Adán y ahora mismo está apoyado en la barandilla de su balcón viendo pasar la gente.

Adán –habrá que ir abreviando– no es un hombre feliz. Aunque lo intenta, no encuentra motivos para serlo. ¿Motivos? Ha llegado a tal punto de desesperación que se conformaría con un motivo, solo uno. En los exámenes de conciencia que realiza cada mañana frente al espejo del baño nunca alcanza el aprobado. A su mente acude de manera compulsiva, como empujado por un resorte incansable, un inventario escrito con renglones torcidos: cuarenta años, divorciado, padre de un niño de cinco años al que ve muy poco (cada quince días), sobrino de un tío septuagenario y absorbente al que ve

demasiado (últimamente, a su pesar, casi a diario), propietario de un librería en declive, escritor frustrado...

El espejo, por si fuera poco, dice más cosas: canas incipientes, alarmante caída del cabello y flacidez muscular, sobre todo en la zona del estómago.

Cuarenta años.

Siendo un chiquillo le gustaba manosear la idea de que, alcanzada esta edad, su mayor preocupación sería, por una parte, hacer equilibrios entre esquivar el acoso de una esposa posesiva, y por otra, vigilar muy de cerca los pasos de una hija a las puertas de la adolescencia. (A saber por qué siempre había pensado en una hija y no en un hijo; y adolescente para más señas, como si esa fuera la única etapa en la que la paternidad se convierte en una empresa difícil). Prueba de que algo –¿todo?– ha fallado en su vida es que su mayor desasosiego en estos momentos no son esa esposa celosa o esa hija ensoñadora que tantas veces había imaginado confesando entre gimoteos un embarazo no deseado. No. Su mayor preocupación es su propia persona. Ahora que está divorciado –de una esposa a la que podría tachar de todo menos de celosa– y que su hijo Daniel, agasajado con los cuidados maternos, no da síntomas de necesitarle demasiado, Adán no tiene que hacer ningún tipo de equilibrios y por tanto no hay nadie cerca a quien echarle la culpa de sus desdichas. Se siente seco por dentro, vacío como una momia milenaria. Ha probado a responsabilizar a su padre, ya fallecido, de todos sus males. ¿Acaso no fue él quien tuvo la ocurrencia, en contra de la opinión de su madre, de bautizarlo con el nombre bíblico de Adán? Entrar en este mundo con el pie cambiado es un mal augurio, se recuerda a menudo. Sobre todo cuando te lo están recordando continuamente, día a día. “Adán, ¿nos queda algún ejemplar de *La montaña mágica*, de Thomas Mann?”, “Adán, ¿dónde estuviste anoche?”, “Hola, pichoncito, ¿cómo estás? Soy Sara. Y tú, ¿cómo te llamas? Ah, Adán... Bonito nombre”.

Sí, llamarse Adán es una carga para un ateo como él. Pero son muchas las personas que han sobrevivido sin traumas al estigma de llamarse Elías, Job, Isaac o incluso Judas, sean creyentes o no. Pero en su caso el estigma es doble, porque, además, se apellida Maté, que, bien mirado, es la primera persona del singular del pretérito perfecto simple del verbo “matar”.

Cuando se aburre de contemplar la imagen del vaso medio vacío, acaba por comprender que es uno quien se labra el camino y no los nombres y apellidos que le han tocado en suerte. Así que, acepta con resignación, es él y sólo él, Adán Maté, el único

culpable de haber tirado su vida por la borda. Sin grandes tragedias, pero sin una pequeña hazaña que echarse al espíritu en los momentos de aflicción.

No siempre está deprimido. Durante la semana, el trabajo en la librería y las reuniones por la tarde en el Ateneo le mantienen entretenido, tanto que llega a olvidar sus problemas. Hablar siempre ha sido un consuelo para él. Los peores momentos vienen los fines de semana y fiestas de guardar, por no hablar de las largas vacaciones de Semana Santa o de Navidad, cuando, en el ejercicio de sus obligaciones familiares, sus amigos –amigotes, mejor dicho– no tienen más remedio que ausentarse del Ateneo.

Cuarenta años empiezan a ser demasiados para alguien que nunca ha hecho nada con ellos.

Pero a lo mejor no es demasiado tarde para huir, piensa con frecuencia, sobre todo últimamente. Podría marcharse a otra ciudad que no le recuerde su pasado ni su presente, una ciudad abierta que le ofreciera nuevas expectativas. Días atrás habló con su tío. Le resultó desagradable pedirle dinero, como si todavía fuera un estudiante sin ingresos a las puertas del fin de semana, pero no tuvo más remedio que hacerlo. No se le ocurrían más opciones para lograr dar un giro de ciento ochenta grados a su existencia. Y, como se suele decir, todo en esta vida tiene un coste.

Así que lo intentó.

–Montar una librería en Barcelona. Allí hay un buen nivel cultural.

–¿Más libros? ¿Y en Barcelona? Allí no pintas nada.

–Una empresa de servicios de Internet.

–¿Qué es eso?

–Una emisora de radio.

–No.

–Un restaurante japonés.

–No.

–Un...

–¡Un sex-shop! ¡Ese es el negocio que deberías abrir! –le había cortado su tío sin apartar la mirada del periódico, que mantenía doblado para poder leer un artículo sobre la Bolsa mientras daba cuenta de la sopa de mariscos–. Ya es hora de darle un poco de marcha a este lugar –había añadido sin importarle que el comentario pudiera llegar a oídos del camarero a sus espaldas que en ese instante recorría el comedor cargado con dos platos destinados a una mesa ubicada al fondo.

Adán, que nunca le ha confesado a su tío ser cliente esporádico de las Líneas Calientes –se moriría de vergüenza después de mantener durante tanto tiempo una postura honorable ante él–, no quiso saber nada de ese asunto. Demasiado mala –y merecida– fama tenía ya su tío para que él manchara aún más el nombre de la familia.

–Eso no. Un sex-shop, no.

–Pues entonces calla de una vez y lléname la copa. No te importará que haga barquillos en la sopa, ¿no? Eres tan relamido...

Así es Matías Maté, dueño de la productiva cadena de zapaterías M.M., negocio familiar que lleva tres generaciones calzando a numerosos ciudadanos de Ciconia.

Y así se ve Adán en esta pequeña ciudad: consternado como la Ana Ozores a la que Clarín dio vida en *La Regenta*, una mujer casada que se desvivía entre la pasión religiosa y la pasión por la carne (y no la de su marido precisamente). Pero Adán no tiene preocupaciones religiosas. Si acaso lo otro... y cada vez menos.

Ocurre, además, que Ana Ozores era una mujer del siglo XIX que acusó la falta de libertad propia de la época y tenía, por tanto, todo el derecho a no sentirse realizada. Pero él, un hombre del siglo XXI que ha disfrutado toda la libertad del mundo... No, no hay excusas.

Mira la hora de su reloj de muñeca y abandona esa atalaya introspectiva que es su balcón, desde donde lleva un buen rato analizando el cansino tránsito de los paseantes. Por paseantes entendemos, en Ciconia y en cualquier ciudad que se precie de serlo, a esos ciudadanos anónimos que han convertido el paseo en una profesión no remunerada, esos ancianos, hombres, mujeres y niños que hacen del viaje a pie una gran empresa sin prestar demasiada atención al destino, tal como aconsejaba el muy citado y poco leído poeta Kavafis. Vistos desde arriba, desde el balcón de un segundo piso, estos caminantes parecen figurantes de una película de neorrealismo italiano.

Las nueve de la noche.

A las nueve de la noche del domingo es cuando Adán escribe su artículo semanal, que ve la luz cada martes en la página siete del periódico local *La Verdad*. Como es partidario de no saltarse las buenas costumbres sin un motivo justificado, decide vencer la pereza y sentarse a redactar el dichoso artículo. Pero escribir, ¿sobre qué? Hubo un tiempo en que nunca le faltaban temas a desarrollar. Ciertamente, *él* era su tema preferido. Solo por cortesía le preguntaban sus amigos y conocidos qué tal iban sus trámites de divorcio o su relación con su activo y rumboso tío. Cortesía, sí, porque ya lo sabían todo. Y lo sabían porque leían su columna en el periódico. Así era como se

enteraban de que había perdido toda una mañana tramitando unos documentos en el Ayuntamiento o de que su pequeño hijo estaba en cama aquejado de un virus extraño. Pero eso era antes. Antes de que apareciera el detective. Llegó un momento –no sabría decir exactamente cuándo– en que se cansó de que Ciconia entera supiera qué desayunaba cada mañana, de qué color eran los muebles del salón de su casa o cuál era su película favorita. Personas a quienes apenas conocía le detenían en la calle para preguntarle en qué había quedado su contencioso con el fontanero. Así que ahora, en vez de escribir sobre sí mismo, lo hace sobre temas generales: política, deportes, sociedad, fondos públicos. Sin mojarse: no quiere crearse enemigos. Demasiado enemigo tiene ya en su propia autoestima. Cuando le apetece pasar completamente desapercibido, no se arriesga y escribe sobre literatura, que es un tema que no interesa a nadie. De eso puede dar fe, porque nunca le han parado por la calle para hacerle un comentario sobre la reseña que publicó en su día sobre el último libro de Paul Auster o de Saramago, y menos aún sobre aquel breve estudio dedicado a la *nouvelle vague*.

¿Y no sería mejor abandonar directamente su colaboración en el periódico? Al fin y al cabo, está aburrido de escribir. En su juventud quiso ser escritor, y a ello se entregó durante años, pero tuvo que dejarlo ante la certeza, confirmada por sus pocos lectores, de que andaba escaso de talento. Recuerda a menudo y con pesar las palabras de Pirandello: “La vida se vive o se escribe”. Yo no he hecho ninguna de las dos cosas, se dice frecuentemente. No con intensidad, al menos.

Sí, ha pensado en dejar de escribir para el periódico, pero por el momento prefiere no arriesgarse. Desconoce si esta crisis de los cuarenta –que es la de toda la vida pero con el polvo añadido de algunas décadas de más– es una situación pasajera o perenne. Hasta saber qué ocurrirá con el detective, con su ex mujer, con la librería, hasta saber por dónde saldrá el sol prefiere seguir anclado a sus rutinas. Y escribir para el periódico es una de ellas. La más sufrida y la más satisfactoria a la vez.

(Y, una vez más, escribir ¿sobre qué?).

Sigue sentado a la mesa de su pequeño estudio, con la mirada fija en el ordenador, que a su vez le observa a él desde el fondo blanco del procesador de textos. De repente tiene una idea. Aprovechando que esta noche Ana Ozores se ha cruzado en su camino escribirá un artículo comparando la Vetusta de Clarín con Ciconia. Solo le falta encontrar las similitudes, si es que las hubiere. Entre Vetusta y Ciconia. Y en un segundo plano, entre Clarín y él.

El tema no está nada mal, a fin de cuentas. Decidido: empezará por retratar la calle en la que vive y luego ya verá.

"Tener los pies en la tierra no significa no poder tocar el cielo".

[Fragmento de una conversación escuchada en el Parque de Asturias]

LAS FLORES DEL ESCAPARATE
NO DAN ALERGIA

[Cartel expuesto en el escaparate de la tienda de ropa La Meca]

–¿Qué miras?

–El escaparate. Me llama la atención el cartel.

–Sí, será para no ahuyentar a los clientes que padecen alergia. Estamos en primavera.

–Es la primera vez que leo algo parecido.

–Venga, date prisa. Se nos ha hecho tarde.

–Sí, ya voy.

Me acuerdo de la Plaza de Italia, y de mi abuela, que vivía muy cerca. Mi abuela era una mujer con fama de santa que sufría de artrosis, o de reuma, ahora no sabría decir. Amable, sencilla y cándida, vestía siempre de negro, y en los días de frío yo todavía la veo en el diminuto comedor sentada a aquella mesa-camilla con brasero de picón.

Allí pasaba yo las horas, feliz. En su casa y en las calles del barrio, que entonces eran para mí el gran mundo: Constancia, Peña Redonda, Piedad, Berrocalá, Gran Capitán. Y

también, claro, la citada Plaza, donde los niños jugábamos a las canicas, que en aquel tiempo llamábamos bolindres. Yo era muy bueno jugando, y siempre, o casi siempre, ganaba. Nos gustaba tanto estar allí, arrodillados sobre la tierra –aún no habían plantado el césped–, que perdíamos la noción del tiempo, y cuando regresábamos al hogar dulce hogar ya había caído la noche. Habría que vernos, todo sucios: las manos, las zapatillas, la cara, la ropa... A menudo mi madre, que era modista, tenía que coser rodilleras a mis pantalones. Lo hacía con abnegación, como si tanto destrozo fuera un peaje inevitable en mi etapa de crecimiento. Nunca me regañaba, eso lo recuerdo bien. Pero es que en caso contrario de nada hubieran servido sus reproches: llegar a casa cada noche, las farolas ya encendidas, con un saco lleno de bolindres ganados a pulso a mis compañeros de juego era lo más grande que podría imaginar, y nada ni nadie me hubiera detenido. Ni siquiera, ya digo, las hipotéticas recriminaciones de mi madre, que durante años siguió cosiendo en silencio sufridas rodilleras al Rey de las Canicas.

[Fragmento del Álbum de Nostalgias del autor]

Es tarde y todos duermen ya en la noche primaveral de Ciconia. Los últimos bohemios rezagados se han batido en retirada a sus casas, y ahora la ciudad reposa dócil y silenciosa. Pero ¿duermen todos? No. Clara todavía está despierta.

Clara también vive en Libreros 24, en un piso superior al de Adán, a quien apenas ha tratado en estos once meses de vecindad. Justo es reconocer que en las pocas veces en que han coincidido en el portal tampoco él ha puesto demasiado interés en entablar una conversación con ella más allá del consabido hola y adiós.

Desde su balcón puede verse el de Adán, ahora vacío.

Clara es una mujer que roza los cuarenta años, soltera, timorata, discreta por dentro y por fuera. Sirva esto para decir que se esfuerza en que nadie, o casi nadie, se fije en ella. Lleva una vida tranquila, casi de asceta. Trabaja en la Cámara de Comercio, en la Plaza del Doctor Durán, a cuatro pasos de su casa. Como no tiene grandes pasiones –más allá de la lectura, que es a priori una actividad sin riegos–, tampoco sufre grandes frustraciones. Al igual que su vecino el librero –conoce su profesión pero no su nombre– le gusta observar el ritmo de la calle desde su balcón, que frecuenta poco en esta época de inestabilidad climática. Clara, en su fragilidad patológica, teme coger frío y resfriarse.

Últimamente no logra descansar, y eso le hace perder su habitual serenidad. Es difícil aparentar serenidad cuando te delatan las ojeras.

El problema que aflige a Clara es, digámoslo así, de tipo doméstico. Su contencioso con los vecinos de al lado, tres estudiantes que han convertido la casa que habitan en régimen de alquiler en un centro de ocio, ha conocido hoy una nueva etapa. Como viene siendo habitual en los últimos meses, Clara no ha sido capaz de dormir la siesta por culpa del alto volumen de la música de los vecinos. Como también es habitual que estos se enfrasquen en charlas y carcajadas hasta altas horas de la madrugada, Clara ya no sabe cuándo podrá tener la oportunidad de dormir en paz. Así que hoy, desestimada la posibilidad de echarse la siesta, había decidido bajar las escaleras y hablar una vez más con los díscolos estudiantes. Pero luego lo pensó mejor: iría a casa del administrador –con quien mantiene una buena relación– para pedirle el teléfono del propietario del piso. Así lo hizo. Este se quedó algo sorprendido de que ella acudiera a su casa en un día no laboral como es el domingo, pero después de escuchar sus quejas buscó en su agenda hasta encontrar el teléfono. Clara se lo agradeció y regresó a su casa. Hablaría con el propietario del piso, vaya si hablaría. Le diría sin parpadear: “No voy a tener más remedio que denunciar a sus inquilinos. ¿Tiene usted el contrato en regla?”. En eso iba pensando cuando, justo al abrir la puerta del portal de su vivienda, se dio de bruces con los tres jóvenes. Aprovechando que la sangre, caliente aún, mantenía viva su furia, arremetió contra ellos. Les echó en cara que le estaban amargando la vida. Estos, que no se lo esperaban –siempre la habían visto como una persona retraída–, se defendieron en voz baja, con miedo a ofenderla.

–No somos tan malos –decían–. Al fin y al cabo somos jóvenes.

–Jóvenes, pero no niños. A partir de ahora, si no me dejáis dormir, haré todo lo posible para que tampoco vosotros podáis descansar. Voy a comprar un balón de baloncesto para botarlo durante toda la santa noche contra la pared mientras escucho la Novena Sinfonía de Beethoven –Prejuicios, hasta cierto punto justificados, le hacían pensar que Beethoven tendría que ser una tortura para quienes se pasaban horas y horas escuchando música bacalao–. Total, si tengo que estar despierta, aprovecharé para hacer deporte –amenazó con una ironía y un desparpajo impropios de ella.

–Pero eso sería ir de mala fe –se quejaron los estudiantes.

–¿Acaso lo dudáis?

Todo esto ocurrió hace apenas unas horas.

Ahora que la casa está silenciosa –son las tres de la madrugada–, Clara es incapaz de dormir. Recostada sobre la almohada, que mulle una y otra vez bajo su cabeza, recuerda las miradas de los estudiantes mientras ella les hacía responsables de

su insomnio. Unas miradas apocadas que transmitían pesar. ¿No se habría excedido con ellos? Al fin y al cabo, no son más que estudiantes con ganas de pasarlo bien...

Cuanto más jóvenes le parecen estos, más vieja se siente ella. Es como si el destino le hubiera enviado a esos chicos para recordarle que el tiempo, inexorable, pasa para todos. Cuando tenía su edad –dieciocho, diecinueve años– cursaba el primer curso de Bellas Artes, carrera que dejó a medias. Y luego vino ese trabajo en la Cámara de Comercio del Consumidor, tan alejado de sus antiguas expectativas artísticas.

Clara se siente pisoteada. Pisoteada por la tiranía del destino, del tiempo. Y ella, se da cuenta ahora, ha adoptado siempre una actitud pusilánime y nunca ha hecho nada por plantarle cara al futuro. Más bien se ha dejado llevar, sumisa.

Esta noche tampoco duerme, y la causa, esta vez, no son los ruidos. No, esta vez lo que realmente le turba es el silencio. Sí, son el silencio y sus complejos de culpabilidad los que le impiden conciliar el sueño.

A cien kilómetros de distancia, en el valle de las Gargantas, cuarenta alumnos del colegio Nuestra Señora de la Montaña, niños y niñas en edades comprendidas entre los nueve y diez años, duermen plácidamente en tiendas de campaña después de la agotadora primera jornada de campamento.

Francisco Rodríguez Criado

Web: <http://www.rodriaguezcriado.com>